XXVIII

MUÑECOS FRANCESES

La única sección difícil de ver y de estudiar es la de los muñecos... ó, hablando con respeto, la escultura. Al pronto parece todo lo contrario. En el inmenso *Hall*, inundado de luz, hasta el extremo de que se diría que no tiene cubierta, las estatuas se destacan sin que perdamos detalle; la claridad las baña y envuelve, y desde cualquier parte se les encuentra el punto de vista. Pero es tal el número de estatuas, grupos y monumentos que allí se reunen; sus blancuras deslumbran de tal modo, que acaban por confundirse los contornos y las líneas, causando fatiga y mareo penoso. No están colocadas; están almacenadas las estatuas... No tienen fondo, no tienen campo en que resaltar. Se perjudican mútuamente. Mis reiteradas visitas á la sección de escultura siempre

han sido cortas. No puedo detenerme allí hora y media sin que los muñecos pierdan la hechura y se me figuren todos iguales.

Ahora, que con la memoria de los sentidos aislo y reconstruyo cada obra, es cuando mejor las entiendo, y reconozco que hay mucho y bueno en escultura, sobre todo en la francesa; que no en balde se alienta y retribuye á los escultores llenando de estatuas y monumentos los jardines, plazas y construcciones del vasto y hermoso París, y de las principales ciudades de provincia; no en balde se atiende tanto á recompensar, estimular, honrar.

Como novedad distintiva de esta Exposición noto la tendencia modernista (que verdaderamente es un regreso á los tiempos primitivos de la escultura helénica, á las Dianas y Minervas de varias materias y colores) hacia la escultura polícroma.

Uno de los ejemplares más bellos del nuevo estilo es la estatua de mujer conocida por *La Naturaleza alzando su velo*, de Ernesto Barrias. Este artista francés expone también el proyecto del monumento á Victor Hugo, al pie del cual cuatro mujeres representan los cuatro vientos del Espíritu. Policromos ó bicromos y de varias materias, son también la *Juana de Arco*, de Alluard; el grupo de Boisseau, *Los hijos de Clodomiro*, hecho de mármol, bronce, onix, plata y pedrería, y su *Oysel*, y su *Musmé japonesa*; el grupo de *Santa Marta*, de Bouttée; el titulado *Obsesión*, de Cordonnier, de mármol y madera; la *Andrómeda*, de Delacour, de

marfil, bronce y onix; la *Sulamita*, la *Favorita*, la *Leda*, de Ferrari; el *Secreto*, de Fix Maseau; el *Crucificado*, de Loyseau Rousseau; el grupo de *Salambó y Mato*, y todo lo que expone Riviére, y casi todos los grupitos y estatuillas de reducido tamaño que no se han colocado en el *Hall*, sino en las secciones de pintura, para que se vean mejor.

La policromia es una dirección natural dentro de las corrientes modernistas; es una *herejía*, digámoslo así, que llega á su hora, y lo único que la contiene y la impide difundirse, es la razón económica: la escultura polícroma sale muy cara: esas materias ricas, mármoles raros, ágatas, jaspe, marfil, son del dominio de la joyería artística, y no todos los escultores se atreven con ellas. De escultura polícroma existen ejemplares encantadores en las vitrinas de los joyeros, dentro y fuera de la Exposición. Ya no es rey absoluto el mármol, ni el bronce virrey. Acaso por este camino veremos restaurada la talla en madera, con pinturas y oro; los *santos de palo* españoles.

Sin salir de los muñecos de Francia, registro algunas tentativas de escultura en madera, como los bustos y estatuas de Aubé. Con todo, no abundan. Los escultores de nota, generalmente, se abstienen de novedades y se atrincheran en lo clásico. Dalou—el autor del célebre monumento *A la gloire de la République*—sólo expone varios bustos, magistrales, de bronce ó mármol, entre ellos el del político Floquet y el del cronista Wolf. Uno de mis ar-

tistas predilectos, Frémiet, se manifiesta en la Exposición con su doble fisonomía mística y realista: delicada y soñadora la primera, de brutal energía la segunda. Su *San Miguel* y su *San Jorge* son la idealidad ya demostrada en la *Juana de Arco* tan conocida; la caballería andante, la altivez heróica del Bien y de la Luz. Defensores de una creencia que identifica el Mal con la vileza y el oprobio, los santos de Frémiet respiran una especie de orgullo celestial. El desquite de la animalidad por la materia y el instinto, lo representan esos grupos bárbaros, que recuerdan aquel famoso *Gorilla*, de Frémiet igualmente, raptor de una mujer á quien estruja contra su velludo pecho, mientras se defiende á pedradas de los hombres que quieren rescatar la cautiva y que ya han clavado al antropomorfo una saeta. En este género, y sin conseguir eclipsar al *Gorilla*, expone Frémiet dos grupos: *Orangután y salvaje*, *Oso y hombre de la edad de piedra*.

De Guillaume citaré el busto del centenario Chevreul; de Injalbert, el vaso de mármol, las *Bacantes* y los *Sátiros*, tema que, al parecer, debía estar agotado del todo y que aún da juego. De Maillard, una bella *Caída de Icaro*, que tiene el defecto, ó más bien la inexactitud, de que las alas no se derritieron, de suerte que, al pronto, yo confundí á Icaro con Satanás. De Loyseau Rousseau hay que alabar el *Esclavo de Cleopatra muriendo envenenado*.

El fragmento del *Monumento á los muertos*, de Bartholomé, es digno de mención especial.

Se podrían descubrir en su concepción reminiscencias de ciertos mausoleos de Canova; pero el modo de tratar las figuras está dentro del realismo y de la sinceridad moderna. El hombre y la mujer que, apoyados el uno en el otro, traspasan la puerta misteriosa, son verdad y tienen miedo, como tienen miedo las figuras que á ambos lados de la puerta se encaminan al sepulcro. El efecto es angustioso, solemne y de una tristeza infinita. No conozco el monumento entero, pero este fragmento canta el *de profundis*, y todos, al mirarlo, podemos sentir lo que aquel tronera de Sevilla: el estremecimiento hondo y sutil de quien ve pasar su propio entierro.

Para desimpresionarse de los terribles muñecos funerarios, hay que mirar á los muñecos amorosos, bastante bonitos y en gran número. Ahí está la *Ternura*, de Boucher; la *Madre joven*, de Peyrot, y otros grupos y figuritas que sonríen y se enlazan, y los incontables camafeos, medallas y piedras grabadas en que el asunto es mitología de amor. Entre las figuras de mujer descuella el *Sena*, de Puech, y la *Bañista*, de Sicard.—La estatua yacente de Alejandro Dumas, hijo, de Saint Marceaux, es de las obras que con mayor unanimidad se han elogiado en esta sección. Colocado con gran sencillez, modelado con verdad y sentimiento, el cadáver yace desnudo bajo una sábana. En esta clase de estatuas se suele atender únicamente á la cabeza, á la semejanza de la mascarilla. Saint Marceaux atendió á todo. Los pies,

que no cubre la sábana, están estudiados con extraordinaria delicadeza.

No quiero olvidarme de los *animalistas*. Fremiet ocupa el primer puesto entre ellos; pero ¿son animales, en la acepción usual de la palabra, los monos antropomorfos que modela Fremiet? Aquel gorilla raptor de una mujer, y este orangután luchando con un hombre, ¿no se parecen más bien á los genios en figura de monos del Mahabarata y otros poemas indios?

Gawet sí que no demuestra más intención que la de reproducir las actitudes y las hermosas formas de los animales. Sus panteras, sus leones, sus tigres, sus daneses, sus ciervos, son de lo mejor que en esta sección se exhibe. Les hacen competencia los oseznos, la leona con sus cachorros, el majestuoso león de Peter y el grupo del elefante y el cocodrilo, de Navellier.

Con tener tan numerosa y brillante representación Francia en el gran *Hall*, todavía se oye decir que faltan, ó poco menos, bastantes artistas, una pléyade nueva y de tendencias revolucionarias. Hay claros en la escultura francesa. Siempre sucede así. Fuera del recinto de la Exposición he tenido que buscar el conjunto de lo que hoy se discute y empieza á hacer prosélitos en el extranjero, según observo en la escultura internacional. Me refiero á los muñecos insurrectos, del original Rodin.

XXIX

MUÑECOS INTERNACIONALES

HAY, por lo menos, tres ó cuatro modos de ver y juzgar la obra artística. La implacable severidad, y con ella nada vale un pitoche; el frío desdén, y con él todo es ridículo; la imposición de un criterio personal, y con ella el campo de la belleza se reduce á los límites de un jardín pequeño, el que puede cultivar un solo hombre; y aquel *panfilismo* indulgente que Valera me atribuye, y que permite disfrutar de cuanto es bueno, con bondad relativa.

No falta quien emita sobre la notable sección de escultura (francesa y extranjera), sobre toda la clase 9, en fin, el mismo despreciativo y duro fallo. ¡Fotografías y fotografías esculpidas! ¡Nada personal; ningún pedazo de alma cautivo en el barro, en el mármol ó en el bronce!